

Pasados estos
diez y ocho meses
de á veinte dias
que davan cinco
dias sin contar
cada año

Año VII N.° LXIX

Revista de Occidente

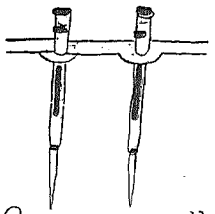
LIBRARY
UNIVERSITY OF CALIFORNIA
RIVERSIDE

Director:

José Ortega y Gasset



Primer mez llamado Atemaxtli que es como quien dize Aguario



Segundo mez llamado Titl y es como quien dize cosa justa. igual como Libra.

Sumario

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA: *La abandonada en el Rastro* * MANUEL G. MORENTE: *El espíritu filosófico y la feminidad* * CARL GEBHARDT: *Rembrandt y Spinosa* * CORPUS BARGA: *Pintura nunca vista* * FRANZ WERFEL: *La muerte del pequeño burgués.*

NOTAS.—BENJAMÍN JARNÉS: *Rafael Barradas* * M. G. M.: *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas*, por don Juan Díaz del Moral * ANTONIO ESPINA: Jean Cassou: *Litterature espagnole* * ROSA CHACEL: *Rasputin: film sin epígrafes* * JOSÈ M.ª QUIROGA PLÁ: *Ulises adolescente.*

Precio: 3,50 Madrid Marzo 1929

cerradas, hermetizándolas sobre lo que ya consigue el corazón colgante del candado.

Eran casi los últimos que salían, y unidos se perdieron por el paseo de las Acacias, mientras doña Renée, en el puesto cerrado, se deshacía en sus componentes, se disolvía en sombrero, dentadura postiza, sillón ortopédico, corsé papiro, ojos de cristal, cabeza de peinadora fracasada, cuerpo de prueba modistil, piernas de muestra de sedería y sombrilla colgada de los alambres tendidos como un paracaídas inocente.

Ramón Gómez de la Serna.

El espíritu filosófico y la feminidad *

1.° La cultura femenina debe distinguirse severamente del feminismo y de la feminidad. El feminismo es una política, una campaña política: en pro de una mejor situación material, social, jurídica de la mujer, en pro de la igualdad de los sexos, en contra de la preeminencia del varón, etc. El feminismo lucha por proporcionar a la mujer condiciones materiales, externas, de vida, más iguales a las que rodean al varón.—Pero la cultura femenina es otra cosa. La cultura femenina es el conjunto de formas objetivas—de vida, de pensamiento, de sentimiento—que manifiestan, en lo exterior y comunicable, la esencia de la feminidad. La mujer realiza un tipo psicológico humano, que no es ni un estadio de tránsito, ni una desviación, sino que tiene por sí y en sí una sustantividad esencial. Hasta hace poco tiempo solía considerarse el

* Conferencia pronunciada en la Sociedad Lyceum-Club femenino español, el día 2 de marzo de 1929.

varón adulto como el representante típico de la humanidad (y aún cabría decir: el varón adulto, blanco y civilizado), siendo todos los demás tipos humanos—las otras razas, los salvajes, los niños, las mujeres, los ancianos—estadios anteriores, posteriores o imperfectos del único y perfecto varón adulto. Pero hoy comprendemos ya suficientemente que existen en la humanidad y en la historia esencialidades anímicas, que tienen su sustantividad y que no pueden reducirse a etapas de un proceso. El niño realiza la esencia infantil, como el anciano la senil; el griego realizó la esencia helénica, como el chino la esencia china. Del mismo modo la mujer realiza un tipo de humanidad distinto del varón, con sus propios valores y sus propias características. La emancipación de la mujer—que ya casi es un hecho—no puede constituir un fin, sino que es tan sólo un medio para que comience a formarse la cultura femenina, es decir, una cultura que concrete, en productos objetivos—actividades, obras, descubrimientos, arte, ciencia, formas de vida, instituciones jurídicas, sociales, políticas, etc.—, las peculiaridades del alma femenina, de la feminidad eterna. De hoy en adelante la mujer asume, pues, la obligación de crear una cultura femenina, que sea la expresión externa, material, comunicable de la feminidad. Esta cultura femenina no necesita ser contraria ni hostil a la masculina. Y aunque sea distinta, puede armonizar con ésta, y aun llegar, en el concierto general, a destacarse como el canto o primera parte de la sinfonía.

2.° Cabe preguntarse: En esta cultura femenina, ¿puede ocupar un lugar la filosofía? ¿Puede la mujer, como mujer, producir pensamiento filosófico, como produce y ha producido poesía, novela, arte, teatro, etc.?

3.° De hecho, hasta ahora la mujer no ha producido filosofía. Ha habido mujeres gobernantes, mujeres políticos, mujeres eruditas. No se citan empero mujeres filósofos. Esta ausencia de la mujer en la filosofía no puede ser casual. No puede explicarse por razones accidentales, materiales, externas, como la posición sujeta de la mujer, las instituciones sociales, jurídicas, la educación, las costumbres. No. Ninguno de estos impedimentos efectivos hubiera bastado a cohibir la meditación filosófica de la mujer, si ésta hubiese sentido incoercible propensión a la filosofía. Iguales obstáculos tradicionales han tenido que vencer las mujeres poetisas y, desde Safo hasta madame de Noailles, ninguna ha enmudecido por culpa de ellos. Más oposiciones que las que hubo de arrostrar Santa Juana de Arco para vestirse de guerrero y animar luchas varoniles, en el siglo XV, no es fácil que hayan entorpecido nunca el camino de ninguna aspirante a filósofa. Los obstáculos materiales son accidentes, que una vocación decidida e imperiosa elimina siempre.

4.° Hay que buscar más honda la causa de este desvío de la mujer con respecto a la filosofía. Si la mujer no ha sido filósofa hasta ahora, es, sin duda, porque no ha querido serlo. Ahora bien: ¿por qué no ha querido? Algo debe de haber en la estructura misma del alma femenina, que se opone a que la mujer sienta gusto y afán por el ejercicio de la meditación

filosófica. Para buscar este rasgo antifilosófico del alma femenina, el método debería ser: desarrollar el concepto de filosofía, por una parte, y definir el alma femenina, por la otra, para compararlos luego y ver si coinciden o, si no, en qué discrepan. Pero habremos de limitarnos aquí a unas cuantas observaciones generales sobre los rasgos principales del espíritu filosófico y del alma femenina.

5.º El espíritu filosófico se diferencia del espíritu científico y del espíritu práctico. He aquí los puntos, a mi parecer, fundamentales de estas diferencias: *A)* El espíritu práctico vigila constantemente la vida para protegerla y fomentarla, para reglar la acción y la conducta en favor de la vida. Cuando el hombre (o el animal) descubre un obstáculo o un peligro que amenaza su vida, quiere aniquilarlo; y puede hacerlo por la violencia o por la astucia, arrojándose sobre el peligro o rodeándolo hábilmente. De igual suerte, cuando el hombre apetece incorporar algo a su vida, puede obtenerlo por la violencia o por la astucia, o tomándolo directamente o excogitando astutos nexos que indirectamente hagan caer en sus manos el objeto deseado. Y este pensamiento práctico puede llegar a las mayores sutilezas, a refinamientos exquisitos. Mas no por eso deja de estar siempre en el plano de las necesidades vitales, sin transcender del momento para el cual ha sido pensado como auxilio de la vida. *B)* El espíritu científico, en cambio, se desentiende ya de la vida y penetra de lleno en el plano de un puro interés cognoscitivo, de un interés ideal teórico y, por decirlo así, desinteresado. El espíritu

científico no se encuentra ante dificultades que sea preciso o conveniente vencer, sino que transforma la dificultad en problema, que es interesante conocer, resolver de un modo exclusivamente teórico. Si el espíritu práctico sirve a la vida, el espíritu científico se aparta de la vida para servir tan sólo a la verdad. En las ciencias, la actitud del entendimiento no va orientada hacia la obtención de resultados prácticamente útiles, sino hacia el descubrimiento de verdades inútiles, pero verdaderas. La mayor parte de la matemática es inútil. Muchas partes muy considerables de la física, de la química, de la biología, son inútiles. Mas entonces cabe preguntar: ¿y las magníficas aplicaciones modernas de la ciencia? Estas aplicaciones prácticas de la ciencia no han sido buscadas por los científicos, sino extraídas hábilmente, astutamente, de la ciencia por los espíritus prácticos, que han utilizado los conocimientos puros para el servicio de la vida. Entre el aprovechamiento de una verdad científica para disponer un mecanismo ingenioso, capaz de levantar grandes pesos, y el aprovechamiento por un chimpancé de un palo para procurarse una fruta, no hay más que una diferencia de grado. Ya Augusto Comte, el mismo que aseguraba al saber la finalidad de la previsión, decía también que la condición primera para que fuese fecunda una investigación científica es que estuviese pura de todo interés de aplicación práctica. Y, en efecto, distinguimos muy precisamente entre el descubridor de verdades y el inventor de aparatos. Sólo que la masa humana, interesada mucho más por la vida que por la teoría, conoce y cele-

bra más a los inventores que a los descubridores, porque aquéllos le hacen la vida más fácil y agradable. Todo el mundo sabe quién es Marconi. Pocos conocen a Branly. Así, pues, entre la inteligencia práctica, vital, y el espíritu científico se abre un abismo. Sepáralos la vida. La indagación de la verdad trasciende de la vida y penetra ya en los dominios de lo eterno. *C)* El espíritu filosófico da un paso más: penetra, no sólo en los dominios de lo eterno, sino en los de lo absoluto. Tiene, sin duda, con el espíritu científico una afinidad fundamental, que consiste en que también es desinteresado y se aparta también de la vida; los antiguos distinguían el vivir y el filosofar, y si es cierto que la filosofía es la meditación de la vida, ello la destaca y separa de la vida misma, puesto que para pensar algo es preciso, ante todo, tomar cierta distancia con respecto de eso que se piensa. Pero lo característico de la filosofía, a diferencia del espíritu científico, es que la filosofía no toma ni acepta problemas parciales o particulares, y no se contenta con menos que la totalidad de lo real. El científico suele censurar en el filósofo la tendencia a «salirse de la cuestión», a abarcar demasiado, a no detenerse en los límites del problema. El filósofo, en cambio, encuentra al científicc demasiado olvidadizo de las otras verdades, que no son su ciencia, demasiado apegado al dato peculiar de su problema, harto sumiso a los límites que su investigación traza en el ámbito de lo real. El filósofo, al plantear una cuestión, corre presuroso hacia las fronteras de las cuestiones circundantes para englobarlas en un único problema; así recorre toda la realidad, descontento siempre de las limitaciones particulares, de las relatividades y aspirando a superar los límites en la contemplación del ser absoluto, del ente supremo y total. El espíritu filosófico no puede hallar satisfacción en fragmentos; quiere la realidad completa, y pues la experiencia y la ciencia sólo le ofrecen porciones reducidas de la realidad, aspira a integrarlas en el todo único. El filósofo le pone brazos a la Venus de Milo y cabeza al torso de Belvedere. Así, en resumen, podemos decir que el espíritu filosófico se distingue del científico por su afán de totalidad y del práctico por su desinterés y apartamiento de la vida.

6.º Confirmemos esta distinción considerando por un instante la realidad objetiva misma, tal como aparece ante los ojos del científico y del filósofo. La realidad, vista desde las ciencias particulares, no se ofrece como un universo, es decir, como una unidad sistemática total, sino como un conjunto compuesto de series inconexas, de planos incomunicados. Del mundo de la materia no hay tránsito continuo al mundo de la vida. Los físicos, los químicos, pueden multiplicar cuanto quieran sus determinaciones de la estructura material; pueden dividir el átomo y diferenciar sus elementos en protones, electrones, núcleo, satélites, etc. Pero este progreso en profundidad se verifica sin salirse del círculo, que el problema físico traza dentro de la realidad. Las provincias limítrofes permanecen siempre ajenas, intactas, inconsideradas; y todo intento de hallar en la materia la iniciación de la vida, encuentra en los científicos una repulsa severa. De la

misma suerte ábrese un abismo entre el mundo orgánico y el espíritu superior. La fisiología y la anatomía, la biología y la morfología, toman la vida orgánica como dato primario, cuyas especificaciones y funciones describen en sus variadas formas. Pero entre la vida orgánica y el espíritu, el sentido, la intelección de los nexos puramente ideales, ábrese un abismo que ningún conocimiento científico particular puede llenar jamás. Así, ante los ojos de las ciencias particulares, cada sección de la realidad—la materia, la vida, el espíritu—constituye por sí sola un objeto, sin unión con el objeto de la ciencia contigua y sin constituír con éste un sistema unitario del ser.

7.° El espectáculo pluralista del mundo, si lo contemplamos desde las ciencias particulares, se agrava aún más por el carácter de provisionalidad, de fragmento eternamente fragmentario que ofrece cada ciencia. La ciencia es incompleta, no sólo porque tiene fronteras que la separan de las otras ciencias, sino porque siempre, inevitablemente, linda con lo incógnito. El método discursivo del pensamiento científico imprime a esta clase de conocimiento un radical carácter de provisionalidad. Casi diríamos que la solución de un problema científico consiste en puros aplazamientos, en reducir dicho problema a otro problema, y éste a otro, y así sucesivamente, sin término y, por tanto, sin última satisfacción.

8.° Pero la filosofía exige justamente lo contrario; exige unidad y totalidad en ambos sentidos, no sólo como unificación de las clases diversas de la realidad, sino también como integración de todo saber

incompleto, dependiente, provisional. La filosofía es el conocimiento absoluto del ser total. Una vez más: el espíritu filosófico se diferencia de la inteligencia práctica por su despego de la vida; y del intelecto científico, por su empeño de totalidad y absolutividad.

9.° ¿Es congruente con este espíritu el alma femenina? A primera vista parece que sí. La índole peculiar del alma femenina parece ser su unidad natural, su desvío de toda acción particular, su recogimiento en el ámbito armónico de sí misma. La mujer propende a ver el mundo siempre bajo un solo ángulo—lo cual no quiere decir que sea siempre bajo el mismo ángulo, pero sí que las visiones sucesivas no se suman, sino que se eliminan, una tras otra, sin que de la anterior quede nada en la posterior—. La indiferenciación, la facilidad de total embargamiento son, según opinión hoy bastante extendida, caracteres esenciales del alma femenina. El varón es capaz de compaginar actividades diferentes, sin anular sus diferencias; es capaz de pensar y de sentir en diferente tono diferentes cosas. El varón puede querer a un amigo y censurar su conducta; puede estimar, admirar a un científico y criticar la actuación política de este mismo hombre. La mujer, por el contrario, tiende a uniformar el tono y valor de todo cuanto penetra en su alma. Si odia, le parecerá odioso todo cuanto al odiado se refiera, y no admitirá fácilmente que una persona sea plausible en algo y censurable en otra cosa. Si ama, le parecerá amable todo cuanto al amado se refiera. Hacer distinciones, discriminar la reali-

dad y conservar siempre alerta elementos mentales varios, para atender por igual y por separado a las exigencias propias de cada cosa, es algo si no imposible, al menos muy difícil para la mujer. El alma femenina asume del mundo todo cuanto la conmueve en lo profundo; pero lo que así queda asumido y apropiado se contamina de identidad sentimental, se convierte en contenido homogéneo del alma y queda reducido a un mismo denominador común. Por eso le es tan difícil a la mujer abrazar una profesión y hacerla compatible con su feminidad. Nuestras fórmulas oficiales de empadronamiento admiten, sin vacilar, que a la pregunta acerca de la profesión, conteste la mujer: «su sexo». Ser mujer es para la mujer, en efecto, todo; es profesión, es sentimiento, es pensamiento, es concepción del mundo, es opinión, es la vida entera. El hombre, en cambio, no es, como hombre, nada, sino que su ser ha de especificarse simultánea o sucesivamente en las actividades profesional, familiar, sentimental, etc. El hombre es marido, padre, trabajador, científico, artista, amigo—todo ello por separado y sin que ninguna de estas actividades necesite incluír y contaminar a las demás—. Así, pues, si la mujer tiene por naturaleza esa propensión a unificar lo real, a contemplar el mundo y la vida en unidad total, parece, desde luego, bien dispuesta para la filosofía.

10. Pero entonces, ¿cómo explicar el desvío histórico de la mujer por la filosofía? Si seguimos precisando la índole de la psique femenina, hallamos otros dos caracteres que ya resultan antagónicos del

espíritu filosófico. En primer lugar, la clase de unidad que la mujer establece en su mundo no es la misma que la que la filosofía establece en el universo. Existen dos maneras de unidad. La primera, consiste en la que podríamos llamar unidad homogénea, y la segunda, en la que podríamos llamar unidad orgánica o estructural. La unidad homogénea es tal que su contenido no admite diversificaciones, ramificaciones, partes distintas. En la unidad homogénea todos los elementos son idénticos y no se componen entre sí sino que se suman. En cambio, la unidad orgánica o estructural contiene una muchedumbre de partes diferentes, que se reunen y articulan formando un todo, precisamente por su articulación y no por simple yuxtaposición o adición. Un pedazo de materia—de piedra, de metal, etc.—, es igual a otro y sólo por el tamaño se diferencia de este otro. Todas sus partes son idénticas entre sí e idénticas al todo. En cambio, una unidad orgánica, una célula, un ser viviente, es una unidad hecha de diversidades, es una composición de elementos dispares. Pues bien, si tenemos en cuenta estos dos modos de unidad, veremos que el contenido del alma femenina tiende de preferencia a uniformarse, a dilatarse en homogeneidad, más bien que a componerse en articulaciones de variedades múltiples. Por eso, justamente, es la mujer poco atenta a lo distintivo de cada cosa y prefiere posar la mirada sobre lo común antes que sobre lo singular. Pero la filosofía, el ejercicio de la meditación filosófica requeriía más bien una fina percepción de lo diverso, si éste ha de entrar sin menoscabo ni falseamiento en la unidad

absoluta del ser. En este sentido, pues, la especie de unidad que domina sobre el alma de la mujer no es particularmente favorable para la meditación filosófica.

11. Pero, además, el unitarismo del alma femenina es tal como es, porque, en el fondo, la mujer está mucho más sujeta al proceso vital que el hombre, y, por lo tanto, es mucho menos apta que el hombre para percibir lo peculiar y distintivo de cada cosa. En efecto, la percepción de lo distintivo en cada cosa exige cierta distancia y desasimiento, esto es, cierta fría consideración, eso que suele llamarse objetividad, y que sólo se logra cuando de los intereses, que orientan la mirada escrutadora, se eliminan los afanes vitales, los amores, los odios, las preferencias, etc. Y si justamente esto le es difícil a la mujer, en mayor grado que al varón, es porque el alma femenina está más sumida en lo vital, más adherida a las formas sentimentales de la vida, que la llevan a contaminar de la primera emoción dada el ámbito todo de su ser. Pero ya hemos visto que el espíritu filosófico está, aun más que el científico, apartado de la vida y orientado hacia lo absoluto y eterno. En este otro sentido, la unidad viviente y sentimental del alma femenina no parece, pues, tampoco favorable a la reflexión filosófica.

12. En resumen: el alma femenina tiene, sin duda, rasgos que la capacitan para una actividad de meditación filosófica, puesto que repugna a lo fragmentario, a lo incompleto, a lo provisional, y prefiere el logro de estados totales, de quietud plena en la

unidad del ser y de definitivo establecimiento. Pero por otra parte, esta unidad estática del alma femenina hace el sacrificio de toda diversidad en su contenido; uniformiza lo real, borra lo peculiar y distintivo. Y esta homogeneización, tan contraria al otro aspecto del espíritu filosófico, tiene su fondo justamente en la raigambre vital de la mujer, en su condición de ser adherido íntimamente a la vida, condición también contraria al vuelo del espíritu filosófico.

13. Pero ¿es imposible que la evolución futura altere la estructura del alma femenina, modificando el ámbito de sus posibilidades? Ello no es, a mi juicio, imposible; sino por el contrario, probable. Creo que la evolución inminente de la feminidad es favorable a un desarrollo en la mujer de la capacidad filosófica. He aquí las razones en que me fundo para sustentar esta creencia.

14. Es característico del idealismo femenino, en nuestra época, el hacer cada día ensayos más amplios y extensos para dilatar la existencia femenina en el orbe de la cultura. La mujer aspira hoy a multiplicar infinitamente los puntos de contacto entre su vida y la vida universal. Este proceso de dilatación es contrario al proceso de concentración que la mujer verificaba en anteriores edades. En los tiempos pasados—y aun en los inmediatamente transcurridos—la mujer vivía una vida que se condensaba en la intensidad de un foco único. Reducía su experiencia vital en el espacio y en el pensamiento a un grupo estrecho de pocas funciones y quehaceres, a un círculo breve de intereses y aspiraciones. Esta vida poco extensa, de escaso ra-

dio, resultaba en cambio enormemente intensa en intimidad, en gravedad interior. (No sospechan los hombres la enorme cantidad de espíritu que contenían esas vidas oscuras y rendidas de las mujeres en el pasado; todo lo que no tenían de brillantes expansiones, tenían en cambio de profundas e intensas interioridades.) Pues bien, es evidente que el rumbo de la evolución actual va hacia una mayor dilatación de la existencia femenina. La mujer ha salido de la casa y quiere andar por el mundo y conocer muchas cosas que antes no conocía y vivir muchas experiencias de que antes no tuvo ni noticia. Pero es asimismo indudable que esta dilatación, esta expansión actual de la feminidad tiene que producir efectos enormemente hondos sobre el alma femenina y provocar la actualización de virtualidades, que hasta ahora no habían podido manifestarse en actos. Una de ellas puede ser muy bien la acomodación del alma femenina al ejercicio objetivo de la contemplación. Las cada día más extensas y variadas experiencias que va haciendo el alma femenina pueden muy bien fortalecer en la mujer el dominio de sí misma, la capacidad para inclinarse sobre la vida, para escindir su alma en dos mitades, una que siga viviendo y la otra que se contemple vivir; la facultad, en suma, de la especulación objetiva, fría, que aprehende lo peculiar y distintivo de cada cosa. Y esto no puede significar peligro alguno para el otro elemento, para la perenne unidad del alma femenina; primero, porque este elemento unitario tiene una raíz harto profunda en la naturaleza misma, y además porque el proceso actual de dilatación y de expansión

de la feminidad no ha de verificarse sin oposición. Es claro que la tendencia expansiva de la actual mujer no puede manifestarse y actuar sin provocar la hostilidad de la otra tendencia, la tendencia tradicional a la condensación y concentración. En un porvenir más o menos próximo tiene que sobrevenir la lucha entre ambas tendencias, la nueva y la antigua. Muchas mujeres sentirán en sí mismas los fragores de esa contienda. Muchas vacilarán dolorosamente, trágicamente, entre emprender uno u otro camino, entre la vida amplia, nueva, rica en variedad de vivencias, y la vida recluída, reducida, condensada, pero henchida de intensa uniformidad, de esa quietud esencial y eterna, tan grata a la mujer. Habrá seguramente heroínas de uno y otro ideal. Y yo espero que, a la postre, no triunfe ni uno ni otro tipo, sino que aquí, como en todo, sobrevenga una fecunda síntesis y la naturaleza de la mujer compagine la raíz vital unitaria y solidaria de su alma con la variedad de funciones, de intereses y de actividades.

15. Y entonces puede producirse en el mundo un tipo maravilloso de mujer, una forma exquisita de cultura femenina que reuna la intensa preocupación vital y personal, la unidad profunda del ser, con la diversidad de los más tenues, sutiles y apartados intereses ideales, un tipo de mujer hecho a la medida de la meditación filosófica, que sea capaz de alternar la intimidad de la vivencia con la claridad de la especulación. Es posible entonces que la filosofía reciba de las mujeres una última y más sublime depuración.

Todavía quedan en la filosofía residuos de particularismos y limitaciones difíciles de eliminar. Acaso su definitiva eliminación sea obra del pensamiento femenino, que parece, en efecto, muy adecuado para ello. Complázcome en creer que la mentalidad femenina, tan íntimamente solemne, tan majestuosa de quietud, tan colmada de estática eternidad, sea la llamada a infundir en nuestra meditación filosófica moderna estas virtudes que echo de menos. La coyuntura, por otra parte, sería muy favorable, puesto que, por espontánea evolución interior, la filosofía masculina del presente marcha hacia esa concepción del ser completo, ungida en pura objetividad, desviada del trepidante dinamismo de una época harto romántica, subjetivista, idealista, y a la vez utilitaria. Acaso la «deshumanización de la filosofía» pueda ser obra de la intervención femenina futura.

16. Existen indicios materiales de una evolución de la cultura femenina en el sentido indicado. En la América del Norte está formándose un tipo femenino que acaso llegue a considerar como su ideal esa síntesis de concentración personal unitaria y de multiplicidad de intereses generales. La norteamericana distinguida se dedica a vivir su vida con la máxima libertad y amplitud posibles. Libre de preocupación utilitaria—por haber logrado rendir a su servicio la utilidad práctica del varón—no necesita constreñirse a ocupaciones forzadas, ininteresantes y unilaterales y puede aplicar su espíritu al comercio de los más varios y puros intereses. Sin duda es general, al parecer, hoy aún en su conducta y en su mente una gran

frivolidad, una desconcertante incoherencia. Pero en este momento de tránsito, que ha de acentuar el elemento diversificativo de la variedad—de que hasta ahora carecía la mujer, harto recluída y condensada—, ese defecto es quizá inevitable y puede interpretarse como buen augurio. En todo caso, la norteamericana disfruta hoy de ese «ocio con dignidad», que los antiguos romanos consideraban como suprema dicha del hombre libre, y algunas de ellas no lo consagran sólo al deporte físico, sino también al deporte intelecual, a la ciencia, acaso a la filosofía. El varón trabaja justamente para que la mujer pueda vacar a las ocupaciones libres del espíritu y afinar las armas espirituales más eficaces para la creación de una cultura femenina. El trabajo intenso (que cansa y obliga, por tanto, al descanso, mentalmente improductivo) y la especialización excesiva irán haciendo perder al varón su predominio intelectual. ¿Por qué no ha de recoger la mujer el puesto que en algunas cosas va a dejar libre el hombre? Repito que hoy se encuentra la mujer en excelentes condiciones para ello. Ha roto las antiguas cadenas que la sujetaban al hogar y puede vagar libremente por todos los campos de la inteligencia. El hombre, por otra parte, ha ido echando sobre sus hombros tareas de labor técnica y mecánica cada vez más agobiantes y que la mujer aún no conoce. Por muchos años todavía será el hombre el que trabaje y la mujer la que huelgue y pueda pensar. No es fantástica, a mi entender, la profecía de un próximo matriarcado o gobierno de las mujeres, pues la política es también como la filosofía, una de esas actividades

que requieren una gran libertad de pensamiento, con respecto a todo especialismo, y una aguda penetración en regiones antitéticas: en la realidad vital y en la realidad ideal.

Manuel G. Morente.

Rembrandt y Spinosa

(CONTRIBUCIÓN HISTÓRICA AL PROBLEMA DEL BARROCO)

LOS tiempos no están vacíos ni ruedan ociosos por nuestros sentidos; crean en las almas obras maravillosas. La convicción que se expresa en estas palabras del fundador de la filosofía de la historia, San Agustín, subordina el hacer del individuo a la ley de la época, ve en la conducta individual la obra de una fuerza supraindividual.

A lo que liga las diversas expresiones de una época lo llamamos «su estilo», ante todo en el sentido puramente exterior de que en la arquitectura de una época se repiten constantemente ciertos elementos característicos. Cuando hallamos que el elemento arquitectónico característico de una época es el arco de medio punto, hablamos del estilo de medio punto del románico; si descubrimos que la característica de otra época es la ojiva, hablamos del arte ojival gótico. Pero ya muy pronto se hizo la observación de que en estas notas (constructivas o decorativas) de las artes aplicadas no se agota la voluntad estilística de una